

FERNANDO II DE ARAGÓN: EL REY CATÓLICO, EL PRÍNCIPE RENACENTISTA Y EL POLÍTICO

ESTEBAN SARASA SÁNCHEZ*

A Guillermo, condiscípulo, compañero y amigo queridísimo. Recordando las muchas jornadas compartidas en el Archivo de la Corona de Aragón de Barcelona cuando aspirábamos a doctorarnos en Historia; y que no alcanzó a celebrar el V centenario de la muerte de Fernando el Católico, del que tanto y tan bien escribió.

«Don Ferrando, por la gracia de Dios rey de **Castilla**, de **Aragón**, de **León**, de **Secilia**, de **Granada**, de **Toledo**, de **Valencia**, de **Galicia**, de **Mallorquas**, de **Sevilla**, de **Cerdanya**, de **Córcega**, de **Murcia**, de **Jahén**, del **Algarbe**, de **Algecira**, de **Gibraltar** y de las **Yslas de Canaria**. Conde de **Barcelona**, senyor de **Vizcaya** y de **Molina**; duque de **Athenas** y de **Neopatria**; conde de **Rosellón** y de **Cerdanya**; marqués de **Oristano** y de **Gociano**».

Así se titulaba el rey de Aragón Fernando II cuando, en una de sus misivas, se dirigía a las autoridades de la ciudad de Jaca para recomendarles algunas medidas referidas a la salubridad de la población (Archivo de la Corona de Aragón, *Cancillería*, Cartas Reales de Fernando II, Caja 4 s.n.); documento sin fecha pero que se puede datar entre 1506 y 1512; tras la muerte de su primera esposa, la reina Isabel, y su segundo matrimonio con Germana de Foix; después de la incorporación de las Canarias y antes de la del reino de Navarra.

Don Fernando se mantuvo al frente de los estados que le correspondieron hasta el final de su vida, como lo demuestra el hecho de que el 15 de agosto de 1515, desde Burgos, don Juan, canónigo de Granada, se dirigía por carta a la archiduquesa Margarita de Austria, duquesa de Borgoña, informándole acerca del rey de Aragón don Fernando, la reina de Castilla doña Juana, don Carlos y algunos asuntos de la corte y de España. Y, entre otra información, le decía por escrito que en lo referente a la reina de Castilla (doña Juana), estaba

* Universidad de Zaragoza.

en Tordesillas, flaca y pálida, habiendo hablado con ella el rey (don Fernando) y la reina (doña Germana) el día de San Jaime, durante media hora, viéndola trastornada. Mientras que en cuanto al infante (don Carlos), se encontraba muy dispuesto y gentil, aprendiendo a hablar francés y latín; deseando llegar a España para conocer a la nobleza, así como sus gustos y modas. Pues el rey (don Fernando), su abuelo, esta ya viejo y decrépito, si bien, en lo tocante a los moros, el rey de Aragón estaba dispuesto en persona a hacerse a la mar con un gran ejército, aunque la fortuna le sea contraria.

En consecuencia, y por todo ello, se puede decir que en estas impresiones se vislumbra el panorama de todo un tiempo esencial en la historia de España y también de Aragón, al figurar los personajes decisivos del momento –Juana, Fernando y Germana o Carlos–, y aparecer implícitamente la red de intereses políticos y diplomáticos que iban a jugarse en el inmediato futuro de Europa.

No obstante, los cronistas que trataron su personalidad, nos lo presentan como figura excepcional, gloriosamente, con todos los rasgos físicos, síquicos y humanos propios de un gran príncipe; repitiendo, seguramente, un estereotipo al uso y aplicado convencionalmente a la mayoría de los mandatarios de la tierra en esas épocas remotas. Como sucede, por ejemplo, con el castellano Hernando del Pulgar, cuyo testimonio al respecto, no por conocido y reiterado en la bibliografía, deja de ser un apunte de interés sobre el rey:

«Era home de mediana estatura, bien proporcionado en sus miembros, en las facciones de su rostro bien compuesto, los ojos rientes, los cabellos prietos y llanos, e home bien complisionado; tenía la fabla igual, ni presurosa ni mucho espaciosa. Era de buen entendimiento e muy templado en su comer e beber, y en los movimientos de su persona; porque ni la ira ni el placer facía en él alteración.

Cabalgaba muy bien a caballo en silla, de la guisa e de la gineta. Justaba sueltamente e con gran destreza, que ninguno en todos sus reynos lo facía mejor. Era gran cazador de aves e home de buen esfuerzo e gran trabajador en las guerras.

De su natural condición, era inclinado a facer justicia, e también era piadoso e compadecíase de los miserables que veía en alguna angustia. E había una gracia singular, que qualquiere que con él fablase, luego le amaba e le deseaba servir, porque tenía la comunicación amigable.

Era, ansimesmo, remitido a consejo, en especial de la Reyna, su muger, porque conocía su gran suficiencia. Desde su niñez, fue criado en guerras, do pasó muchos trabajos e peligros de su persona. E, porque todas sus rentas gastaba en las cosas de la guerra y estaba en continuas necesidades, no podemos decir que era franco.

Home era, de verdad, como quiera que las necesidades grandes en que le pusieron las guerras, le facían algunas veces variar.

Placiale jugar todos los juegos de pelota e axedrez e tablas, y en esto gastaba algún tiempo más de lo que debía.

E como quiera que amaba mucho a la Reyna, su muger, dábase, sin embargo, a otras mugeres.

Y era home muy tratable con todos, especialmente con sus servidores...».

Todo ello en el marco de lo que Baltasar Gracián (1601-1658), en *El político*, definía como una «España donde las provincias eran muchas, las naciones diferentes, las lenguas varias, las inclinaciones opuestas, los climas encontrados...»; y en donde, por ello, «era menester gran capacidad para conservar, y así mucha para unir».

Porque, como había manifestado Nicolás Maquiavelo (1469-1527), antes que Gracián, en *El príncipe*, para gobernar esa España tan diversa estaba el rey don Fernando de Aragón, Castilla, Granada y Navarra; pues,

«nada causaba tanto la estima de un príncipe como las grandes empresas y dar particular ejemplo de sí mismo, y para eso estaba en su tiempo Fernando de Aragón, actual rey de España, que merecía la consideración de un príncipe nuevo; porque, de un rey débil, había pasado a ser, por fama y por gloria, el primer rey de los cristianos...».

Visión particular, pero a la vez universal, desde la consideración de un florentino conocedor del mundo de la política de su tiempo que giraba, en buena parte, en torno a Italia y los enfrentamientos de los estados europeos por el predominio continental y mediterráneo.

Las guerras acompañarían a Fernando de Aragón durante toda su vida y dichas guerras modificarían las relaciones internacionales, la visión de la política, la economía, la religiosidad y hasta la cultura. Sin olvidar las Españas Atlánticas que Colón y los demás descubridores ibéricos sumarían a las coronas reales peninsulares, con el consiguiente desplazamiento de la atención hacia el océano, menos ignoto desde entonces y tan disputado con el tiempo como lo había sido anteriormente el «Mare Nostrum».

Observación al respecto que también había advertido el mismo Maquiavelo, ya mencionado por su tratado político, al añadir a las frases anteriormente citadas que: **«si examináis sus acciones, las encontrareis todas grandiosas y alguna extraordinaria. Al principio de su reinado asaltó Granada; y aquella empresa fue el fundamento de su estado. En primer lugar, la realizó en un momento en que no tenía otras ocupaciones ni peligro de ser obstaculizado; mantuvo ocupados en ella los ánimos de los nobles de Castilla, que abortos en aquella guerra no tenían ya tiempo para conspirar. Y él adquiría, entre tanto, reputación y poder sobre los nobles sin que ellos lo advirtieran. Con dinero de la Iglesia y del pueblo pudo mantener sus tropas y poner sólidas bases con aquella larga guerra a sus ejércitos, que tanto honor le han proporcionado después. Además de todo esto, para poder llevar a cabo empresas mayores, sirviéndose de la religión, se dedicó con piadosa crueldad a expulsar y vaciar su reino de marranos; ejemplo por demás despreciable y extraño. Bajo este mismo manto, atacó África, llevó a cabo la empresa de Italia y últimamente ha asaltado Francia; y así ha hecho**

y urdido cosas grandes que han mantenido siempre suspensos y admirados los ánimos de sus súbditos y pendientes del resultado final.

Y todas estas acciones se han ido sucediendo de tal manera, una a la otra, que no han dado lugar a que nadie pudiese actuar, entre ellas, tranquilamente contra él».

Porque, aparte de Castilla y Navarra, Berbería, Italia y Francia fueron escenarios intervenidos por la unión familiar y la expansión política del rey; y Flandes, Portugal e Inglaterra por la diplomacia matrimonial de su descendencia femenina. Y es que, no se podía condensar mejor en tan pocas frases lo que en buena parte fue la trayectoria del rey de Aragón en cuanto a su personalidad política, habilidad diplomática, espíritu guerrero y contundencia religiosa. Todo ello por necesidad de la causa, lo cual equipara la actuación efectiva del soberano en cuestión con la visión del filósofo-político florentino; identificándose el uno y el otro, cada uno en su lugar, con la nueva visión política renacentista que iba a sustituir a la ya relegada visión medieval, en la que todavía lo providencialista y eclesial mediatizaba, en parte, el comportamiento de la sociedad; cuando la modernidad ofrecía, en cambio, la posibilidad de ser el individuo principalmente el causante de los cambios sociales producidos en su ambiente.

Ahora bien, aunque el nacimiento de Fernando en Sos en 1452 aconteció en un momento de serias dificultades bélicas y las operaciones militares jalonaron su vida, una apresurada, y subjetivamente selectiva, «cronología familiar» destaca otros hechos señalados que contribuyen a conocer su personalidad; especialmente en lo particular, aunque no sólo en ello: el juramento de su padre, Juan II, como rey de Aragón en 1458, su investidura en 1461 como primogénito y sucesor o su proclamación de heredero en 1464; los desposorios en 1469 con Isabel o el nacimiento de la infanta del mismo nombre en 1470; la proclamación de Isabel como reina de Castilla en 1474 y el juramento de Fernando como rey de aquel reino en 1475; el nacimiento del príncipe Juan en 1478 o la muerte de su padre en 1479, siendo proclamado don Fernando como nuevo rey en Aragón, Cataluña y Valencia, y año también del nacimiento de la infanta Juana, aumentando la descendencia con la llegada de la infanta María en 1482; el nombramiento de su hijo bastardo don Alonso como arzobispo y lugarteniente en 1484, la boda de la infanta Isabel con Alonso de Portugal en 1490, la muerte del príncipe Juan en 1497 o la de la reina Isabel en 1504; el compromiso esponsalicio de Fernando con Germana de Foix el año 1505 y las velaciones de Dueñas en 1506, encontrándose el rey y su segunda esposa Germana para consumar el matrimonio; y, finalmente, la muerte del rey en 1516 a los 64 años de edad. Una apretada biografía en la que los hechos familiares, junto con la guerra, fueron modelando la personalidad del soberano y ampliando sus horizontes y ambiciones de poder, aprovechando las ocasiones que el tiempo vivido le fue poniendo en su propio camino y en el de los suyos.

Don Fernando fue, pues, acumulando a lo largo de su vida una serie de títulos y dominios, aparte de los reales de Aragón y derivados, que le iban a involucrar en la compleja realidad política internacional de su tiempo: duque de Montblanc, conde de Ribagorza y señor de Balaguer en 1458; duque de Noto, conde de Augusta y señor de Piazza y Caltagirone en Sicilia en 1461; rey de Sicilia en 1468; juramento en 1475 como rey de Castilla; investidura como rey de Nápoles en 1510 y conversión en rey de Navarra en 1512.

De ahí que se pueda discernir que, mientras que el gobierno de Isabel como reina de Castilla se mantuvo dentro de una visión y de unos intereses peninsulares, el de Fernando tuvo más bien una proyección internacional europea; de lo que supuso un coherente colofón la estrategia de su segundo matrimonio con Germana de Foix, con el precedente de los tratados de Blois con Francia entre 1505 y 1506.

Aunque, un buen momento para corroborar esa dimensión internacional e intervencionista del rey Fernando, fueron los precedentes años de finales del siglo XV. Comenzando con el tratado de Tours-Barcelona de 1493 con Carlos VIII de Francia y por el que regresaban a la corona del rey de Aragón el Rosellón y la Cerdeña, a cambio de que no se manifestase oposición alguna a la prevista reclamación del francés sobre Nápoles, y de que cualquier operación matrimonial en la familia de Fernando e Isabel con las casas de Inglaterra y Borgoña se condicionara a la voluntad de Carlos. Porque Italia seguía siendo escenario de intereses encontrados, pues, tras el éxito en las campañas granadinas, las relaciones con el papa de origen español Alejandro VI, desde su acceso al pontificado en 1492, y la paz firmada con Génova desde 1493, junto con el tratado de Tordesillas de 1494 que resolvía la cuestión oceánica con Portugal, permitía centrar la atención en lo italiano; atención que fue requerida de inmediato cuando Carlos VIII de Francia invadió Nápoles a comienzos de 1495, lo que llevó a la ruptura del tratado anterior de Barcelona; formándose una alianza antifrancesa entre el emperador Maximiliano, el papa, Venecia y Milán; lo que supuso el comienzo de las guerras de Italia, en las que el Gran Capitán escenificaría su estrategia y fama. Además de propiciar el seguimiento de la política matrimonial al planificarse, por el acuerdo de Amberes de 1495, el doble enlace con los Habsburgo, es decir, el del heredero de los reyes católicos, don Juan, con la hija de Maximiliano, Margarita, y el del hijo del emperador, el archiduque Felipe, con la infanta Juana; lo que iba a determinar el destino de la corona de España en un futuro no muy lejano, con los enlaces también familiares con Inglaterra y Portugal frente a la pretendida hegemonía francesa.

Y fue precisamente en las guerras de Italia donde se encumbró Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, con la fama que trascendió también a los cronistas, los cuales glosaron igualmente, tanto su valor y triunfos militares, como los celos regioes sobre su actuación; recogiendo, asimismo, con detalle el ceremonial de sus exequias:

« Se vino el rey a Trujillo donde estuvo dos días, y allí le vino la nueva de la muerte del Gran Capitán, Gonzalo Hernández de Córdoba, duque de Sesa y Terranova... Y decíase que por tener el Rey Católico algunas sospechas dél, lo dejaba vivir allí pacíficamente, sin encomendarle cosas de guerra, en que era muy sabio, como por experiencia lo había mostrado en la conquista del reino de Nápoles... Y afirmábase que si viviera más que el Rey Católico, alcanzara a ser maestre de Santiago, porque decían que tenía bulas apostólicas para ello...

Murió el Gran Capitán como muy buen cristiano en el hábito de Santiago, dejando su ánima encomendada a la duquesa, su mujer, y a otros dos albaceas, encargándoles la restitución de sus salarios. Mandó decir cincuenta mil misas a las ánimas del purgatorio. Y dejó encomendada a su hija doña Elvira al Rey Católico, a la cual dejó su estado, dando a la duquesa cierta parte dél.

Después de su muerte, lo sentaron en una silla y lo tuvieron así todo el día, porque la gente lo viese. Y hubo grande llanto por su muerte en Granada, así de moros como de cristianos, por todas las calles que había de pasar cuando lo llevaron a enterrar. Mandóse depositar en San Jerónimo, y que la duquesa pudiese ponerlo donde quisiese; y ella le mandó poner en un monasterio de San Francisco. Y de allí en diez días le hicieron sus honras...

Estuvieron en las honras personas de Sevilla, y caballeros que se hallaron en aquel tiempo veinte leguas a la redonda. Y todas las religiones y clerecía de todo el confín de Granada. Y era tanta la multitud de gente, que no cabía en las calles ni en la iglesia» (Alonso de Santa Cruz, *Crónica de los Reyes Católicos*).

Finalmente, el humanista Pedro Mártir de Anglería, que estaba en Madrigalejo el 23 de enero de 1516, fecha de la muerte del gran rey, al comunicar el suceso a un amigo suyo exclamó: Proh Hispania. Proh Christi dogma, quem oculum, proh Carole Princeps, quem regnandi magistrum amisistis (Oh España, oh religión de Cristo, oh príncipe Carlos, qué vigilante y qué maestro de gobernar habéis perdido).